

—En este pueblo han caído cinco cosecheros.

—Aquí murieron siete.

—Muchos han pasado a mejor vida.

—Todos los modestos se fueron a la porra; solo quedamos los dos o tres más fuertes.

Esto no es del todo cierto. Muchas de las informaciones que el profano recoje a su paso se hallan matizadas de cierta falta de rigor.

Sucede que muchos de estos cosecheros, precisamente los más modestos, se han cambiado la chaqueta.

Han pasado a mejor vida, cierto, pero en el sentido directo y material de la frase.

Hombres astutos, reconocedores de su escasa fuerza, consciente de que sus horas de autonomía estaban contadas de que nada podrían hacer contra los nuevos colosos, se han pasado a su bando, aportando a la causa común su uva y su experiencia.

Hemos oído a este respecto muchas frases a la española, dignas de consideración, por supuesto, que se pueden resumir en la siguiente:

—El auténtico elaborador de vinos, el que nació con esto metido en la sangre, aguanta en vanguardia hasta quemar el último cartucho. La vitivinicultura es una vocación y las vocaciones no se abandonan.

Vayan nuestros respetos hacia quienes piensan así. La dignidad profesional, el orgullo de ser quien se es, jamás merece crítica ni mucho menos menosprecio.

Ahora bien, hay quienes opinan lo contrario, quienes quieren mejor un pajar en la mano que ciento volando, y también su opinión es digna de respeto.

Una válvula de escape.

Las cooperativas vinícolas, creadas para un fin noble, concebidas con el sano propósito de ayudar al hombre modesto, pueden también poseer ciertas válvulas de escape de las que se benefician personas que no necesitan de ninguna protección especial.

Lo que a continuación comentamos, si sucede, nadie quiere hacerse responsable de su denuncia.

Debido a ello, no hablaremos de fraude sino de una posibilidad de fraude que no es lo mismo, de una especie de rumor que ha llegado a nuestro conocimiento confusamente.

Las cooperativas están exentas de ciertos gravámenes fiscales respecto a la industria particular. Esto puede despertar la apetencia de algunos de los últimos y afiliarse a los primeros para gozar indebidamente de sus beneficios.

No comprendemos cómo puede llevarse a cabo tal cosa, qué se ha de hacer para introducirse en corral ajeno y sacar tajada.

Entonces se nos confiesa que cabe la afiliación, la adhesión de locales particulares al asociacionismo, adaptándose a sus cláusulas, aceptando ciertos compromisos, pero conservando por otra parte una buena dosis de autonomía por aquello de que "el que la lleva la entiende".

No es el comentarista muy dado a hablar de conjeturas, de posibilidades y demás asuntos oscuros, pero en esta ocasión, sintiendolo mucho, no puede ser más claro puesto que con él no lo han sido los demás.

Como es lógico, si se diese tal caso, repercutiría negativamente en todos aquellos industriales que se mantienen aún como comerciantes independientes, ya que, al pagar mayor cantidad de impuestos, llegan a los mercados con ciertas desventajas respecto a los demás.

M. Terrín